

Luces artificiales

Jorge Israel Carrillo Collazo

Jorge Collazo

LUCES ARTIFICIALES



Capítulo 1

No debí tomar esa última cerveza. A pesar de todo me sentía confiado y la noche apenas comenzaba, había una intensidad indescifrable en el aire caliente que me golpeó la cara cuando por fin pude estirar las piernas, no tan suave como quienes dicen que la Coca-Cola los despierta, pero tampoco exagerada como la euforia de la cocaína, más bien algo así como beber muchas tazas de café de un solo sorbo. Aquel impacto invisible me ayudó a agilizar mis pensamientos luego de haberme desvelado más de la cuenta la noche anterior, entre otras cosas, tratando de terminar esa mediocre serie de misterio, a la que según mi memoria selectiva solo le quedaba un capítulo —y que tarde advertí— aún le faltaba toda una temporada.

No tenía prisa por ver el final, pero tal como en ciertas situaciones de la vida, volví a ser víctima de la reproducción automática al finalizar cada episodio. Parece obvio que tanto en la realidad como en la ficción siempre existe la posibilidad de reiniciar, pausar o mandar al carajo lo que sea, si no cumple con las expectativas, sin embargo cierta mediocridad traducida en inercia hace de las suyas en la mayoría de los casos, fue eso, sumado a mi inconciencia lo que me hizo no descansar lo suficiente cuando debía, y como resultado, la pasé durmiendo casi todo el camino. Inconciencia por permanecer tanto tiempo frente al televisor y sobre todo porque la comida de esa tarde con mis compañeros de la oficina —bajo el pretexto de festejar el cumpleaños de Julieta, la nueva becaria de mercadotecnia —, se tornó para mí en inesperada borrachera.

Estuve junto a ella haciéndome el gracioso más de la cuenta, tratando de ablandar esas piernas que me han tenido obsesionado últimamente, además, quería averiguar si es pura coincidencia que en algunas ocasiones cuando salgo a fumar, a los pocos minutos aparece ella tras de mí, con su cajetilla de Benson mentolados light y aparentes ganas de conversación casual, me gusta su actitud enigmática, aunque las de Contabilidad la acusen de hipócrita y de que se hace la inocente.

Es una lástima que de nada sirvieron mis esfuerzos humorísticos de sobremesa, cuando apenas se estaba poniendo bueno el festejo pasó a recogerla su amigo, claramente la escuché decir “mi amigo”, ojala no haya sido para llevarla por un regalo similar al que yo quería darle. Tal vez fue por esa leve decepción que en lugar de regresar directo a casa, pasé por otra dosis de cerveza para terminar bebiendo en el sillón de la sala, acompañado solo por innecesarias horas de ficción deficiente.

Ya me estoy cansando de la dupla trabajo / luego televisión. Quizá al llegar a casa (aunque sea a través de los píxeles) busco un poco de la

pasión que no consigo en mi horario laboral, y que como era de esperarse la mayoría de las veces tampoco llega. Ya me aburrí del eterno retorno presentado con diferentes títulos, antihéroes que se redimen, monstruos de esta y otras dimensiones, clichés, nostalgia enlatada y desenlaces inverosímiles. En el caso de la serie que acabo de terminar, todo giraba en torno a una muerte misteriosa, con funcionarios teóricamente incorruptibles y un detective que ostentaba dotes de científico, y que a su vez parecía sacado de una prestigiosa agencia de modelos.

Como sea. Al fin y al cabo la mayoría del entretenimiento digital es solo basura banal y una cínica manipulación de sentimientos tratando de retener nuestra mirada el mayor tiempo posible, conocernos para excitar nuestros sentidos y después vendernos algo. Inmediatez al alcance de un dedo, ríos de información intrascendente desembocando en océanos de mierda. Nunca existió algo tan recíproco. A su vez nos regalan la atención que no recibimos de nadie, poniendo especial énfasis en cada una de nuestras búsquedas y reacciones en redes, un like o un click importan más que nuestro nombre. Y yo que soy vulgar como el que más, me hice adicto a los estímulos de las pantallas, con amigos virtuales o sin ellos, espero por mi pequeñísima dosis de dopamina, que como dije, casi nunca llega, o al menos no lo suficiente.

Estamos conectados como nunca según dicen, pero les delegamos a los valientes algoritmos —como soldados cibernéticos— nuestra batalla constante contra la soledad y el aburrimiento. La idea es pensar lo menos posible, está claro que el enemigo es el silencio, y aunque el tiempo sea nuestro recurso más valioso no nos importa, ellos pueden elegir mejor que nosotros como debemos ser y que debemos comprar.

A veces me siento como un perro de Pávlov.

Al menos últimamente me consuelo sabiendo que de todos modos para mí el insomnio es inminente la noche anterior a cuando salgo de viaje, mi inconsciente así lo decide, da igual si me pongo a leer, limpio la casa o hago zapping en Netflix. La vez anterior por ejemplo, en el primer día desperdicié un tour por Bacalar adquirido con semanas de antelación, todo por quedarme dormido en la habitación de mi Airbnb, luego de subir, —en teoría—, solo a cambiarme de playera. Ahora tocó perderme del paisaje del desierto por dormitar agazapado en el asiento trasero de un Chevrolet Beat, auto bastante incómodo por cierto. Y no es que me atraigan particularmente las montañas de piedra rojiza o los terrenos áridos, de hecho, llevo más de diez años viviendo en Sonora. Estoy familiarizado con las dunas, conozco bien ese calor infame que torna al horizonte tembloroso y que hace que la piel se sienta más pegada a los huesos. Cuando tengo oportunidad me gusta salir a las afueras de Nogales para ver el cielo tapizado de estrellas sin la interrupción de las luces artificiales, disfruto manejar contemplando algunos kilómetros de paisaje con las carreteras como único vestigio de urbanización, gracias a eso aprendí a

interpretar el rumor del viento cuando viene de lejos, anticipando las variaciones en el clima, para mí todo eso es tema cotidiano, incluso ya es normal el constante sudor en la frente (sobre todo en verano) o el traer los zapatos siempre llenos de polvo. A lo que nunca voy a acostumbrarme es a dormir sin el abanico o el clima encendidos, aclaro, así le llamamos los norteños al ventilador y al aire acondicionado respectivamente. Me parece que hoy en día perdemos mucho tiempo en aclarar insignificancias para evitar malos entendidos.

Retomando la idea, me sentía confiado y la noche apenas comenzaba, una lata de cerveza pasando por mi rostro con el agua de la hielera todavía escurriendo me anunció que habíamos llegado, no le hice mucho caso a la supuesta broma de mis amigos, porque irónicamente, desperté todavía con un poco de luz de día en la que me presumieron es la ciudad que nunca duerme. Era la primera vez que visitaba ese afamado destino turístico, por eso no quería perderme del trayecto.

Nos detuvimos a la entrada de la ciudad para definir el itinerario.

— ¿Vamos al Bufete? —les dije tomando la iniciativa.

— No venimos a comer —respondió uno de mis amigos, levantando las cejas en señal del obviedad.

— Qué tiene de malo, yo solo desayuné un burrito del 7-Eleven, y fue a las 8 de la mañana, además vamos a estar aquí cinco días, hay tiempo para todo —dije mientras volteaba a verlos a cada uno.

—Yo digo que vayamos directamente a hacer check-in al hotel, nos bañamos y después nos lanzamos al antro. Hace rato, mientras esperábamos en la garita compré los tickets para el lugar donde van las morras más guapas, bueno, según las opiniones de Yelp. Mañana les toca invitar a ustedes.

No hizo falta discutir por un largo rato como de costumbre, todos secundaron el plan de nuestro amigo previsor. Yo guardé silencio.

— A ver si nos agarramos unas gringas rápido para que el desmadre se ponga bueno desde el principio —dijo alguien para ir entrando en tema, mientras estábamos de regreso en el auto.

— Lo malo es que son medio mamonas ¿no? ¿Y qué tal si les aflora lo racista? —dije, a pesar de mi casi nula experiencia en el tema.

— Wey tú de que te preocupas, tienes más la apariencia de gabacho que de alguien de Chiapas o Oaxaca, —contestó mi amigo que iba de copiloto— en general son buena onda, y las que son pendejas creen que todos los paisanos medimos *uno cincuenta* y vamos a todas partes

vestidos de mariachis, cualquiera que se salga del estereotipo queda fuera del radar discriminador. Yo las trato exactamente igual que a las mexicanas. — Ya no seas tan inseguro —remató.

— No mames, apenas hace rato veníamos quejándonos justo de los estereotipos. En cualquier Estado puede haber gente de cualquier color o complejión, igual que en cualquier otro lado —le contestó atinadamente otro de mis amigos.

— Relájate, fue solo un comentario, ni que ustedes fueran tan correctos —contestó mi amigo inoportuno, y buscó cambiar de tema.

Me quedé un momento pensando en lo que dijo, no en lo de los estereotipos, sino en que a fin de cuentas, en este mundo globalizado puede que los de ambos países no seamos tan distintos. Creo que el verdadero contraste se da entre clases sociales, ahí sí que se notan las diferencias.

No sé porque dije que las americanas eran mamonas, —pensé mientras me frotaba la barbilla con la mano. Tal vez se me quedó grabado la ocasión en que de casualidad escuché a un güero texano burlarse de que en México nos comíamos los cactus, como si eso tuviera algo de malo, no saben que nuestra gastronomía es considerada patrimonio de la humanidad, y que los nopales son mucho más nutritivos que cualquiera de su fast food congelada.

Continué con mi soliloquio, afirmando que no había razón para sentirnos inferiores a ellos en lo más mínimo. «Cada nación tiene lo suyo. Incluso hay muchos temas en que somos mejores, en el futbol ya no, pero tenemos mucha más historia y una cultura ancestral, creemos en el valor de la familia y en la amistad, hasta se dice que les caemos mejor al resto del mundo y definitivamente nosotros bailamos mejor».

Seguí enumerando en mi cabeza todas las cosas positivas del país y cuanta evidencia de superioridad encontrara, como si se tratara de un debate o un juicio que no podía perder, hasta que me percaté de que estaba apareciendo en mi un extraño nacionalismo hasta ahora inédito, y recordé que justo hacía un instante acabada de concluir que no somos tan distintos.

— Entonces, ¿Por qué la competencia? si nadie me está atacando.

Recordé que no tenía ni un día fuera del país. Me sorprendí por buscar enemigos imaginarios en ese contexto. Sentí un poco de vergüenza mientras veía por la venta y deje de divagar.

— No soy inseguro —contesté cuando ya nadie esperaba respuesta— lo

que pasa es que ya saben que mi inglés no es tan fluido.

— Si no hace falta hablar, —dijo muy enérgico mi amigo de al lado— mira, conozco bien a las gringas, las he visto, en Las Vegas se vuelven locas, se ponen más fáciles que de costumbre. Es más, te voy a dar un consejo para que lo apliques al rato, absolutamente com-pro-ba-do, —enfaticó con ínfulas de Casanova que lo hacían parecer un poco ridículo.

— A ver dime —dije con desinterés, pero otorgándole el privilegio de la duda.

— En el club solo preocúpate por pasarla bien y ten buena actitud, —dijo como si estuviera revelándome un gran secreto. —Recuerda que ahora lo latino está de moda, te apuesto a que la mayoría del playlist será de reguetón. Tú solo elije a “la víctima”, la ventaja es que la música no deja platicar, así que te pones a bailar a su lado, la saludas con un gesto si quieres, y poco a poco te le vas acercando hasta que termines detrás de ella, (te va a seguir el juego), después de un par de canciones le invitas algo de tomar y siguen bailando, te aseguro que cuando menos lo esperes ya le estarás saboreando hasta los pensamientos.

Sigue mi táctica y esta noche no te vas solo, si acaso no funciona a la primera, abandonas la misión y comienzas de nuevo con otra, pero de una vez te digo que no falla, mañana me lo agradecerás —dijo, ya para entonces con ínfulas de catedrático mientras me daba un par de palmaditas en el hombro.

Nos dirigimos al hotel tal como se acordó, y después caminamos por algunas calles del Strip, vimos las fuentes del Hotel Bellagio y me tomé una selfie frente a la torre Eiffel del Paris Las Vegas Hotel Casino. Rápido nos acostumbrarnos al tumulto y al encandilamiento de las luces neón, no faltó mucho para que llegara el momento de ensayar el supuesto plan infalible.

Luego de la inevitable espera entramos al lugar que impresionaba por lo lujoso de su decoración y ciertamente, por el alto volumen de la música. A simple vista se notaba que el espacio estaba lleno de mujeres hermosas. El humo repentino que salía de no sé dónde hizo que pronto nos mimetizáramos con el entorno.

A lo lejos creí ver a Julieta, mi compañera de trabajo, me dirigí a ella con entusiasmo pero al acercarme advertí que se trataba de otra persona. No me decepcioné en lo absoluto, porque en cambio, era una rubia preciosa con ese tipo de sonrisa inocente que hace suspirar a cualquiera, se veía un poco más joven que yo y casi de mi estatura, sus movimientos desinhibidos me hicieron intuir que ya llevaba varias copas encima. Al parecer mis pasos fueron tan decididos que ella alcanzó a percibirlo, así

que no lo dudé y me deje llevar por la inercia de la escena.

— How you doing —dije sin que se escuchara el mas mínimo sonido salir de mi boca.

Sonreí tímidamente y le noté una leve expresión de curiosidad o extrañeza, no hice mucho caso y me dejé llevar por la música. Me mantuve a su lado con supuesta indiferencia mientras ella regresaba a lo suyo. Me sorprendió que aunque no era mi género favorito, —luego de algunas canciones más —, pude percibir como las vibraciones lentamente hipnotizaban mis piernas y hacían que me sintiera cada vez mejor, fue triste sospechar que quizá siempre tuve ese talento para el baile y lo había desperdiciado por vergüenza.

Después de un par de cervezas dejé de preocuparme por mi coreografía, lo olvidé y me concentré en regresar a mi objetivo, lo más difícil estaba hecho. A esas alturas ya había perdido de vista a mis amigos pero no me importó.

Dentro del conglomerado de cuerpos contorneándose sin distinción de raza o nacionalidad, de repente sentí que ella estaba poniendo su atención sobre mí, creo que coincidieron nuestras miradas por un instante, o algo así pude distinguir entre la niebla artificial y los rayos led. Manteniendo mis pasos, proseguí discretamente a deslizarme detrás de ella sin que siquiera se inmutara, me sentía como un león cuando acecha a una gacela distraída, seguí disfrutando del momento y en breve giré hasta quedar más o menos frente a su cuerpo, incliné la cabeza de manera casual como quien vive en su elemento y de lejos pareciera que solo está tratando de preguntar algo al oído, confiando en mi estrategia me acerqué a su boca de forma definitivamente más estrepitosa y la besé, inmediatamente algo me sacó de ese éxtasis imaginario que me había poseído, y sentí los próximos movimientos como en cámara lenta, noté su mano derecha aproximarse de forma intempestiva hacia mi rostro hasta que inevitablemente ambos se encontraron en un furioso punto de choque, del cual curiosamente, esta vez sí se alcanzó a percibir un mínimo pero conciso sonido, algo tan fino como un aplauso con una sola mano, o quizá como el ruido de un árbol cayendo en un bosque donde no hay nadie cerca. La bofetada me hizo perder el ritmo, desorbitado alcancé a ver mis lentes volar y caer rotos al centro de la pista.

Entre luces moviéndose sin gracia y música ensordecedora, la sonrisa borrosa de los otros me pareció casi siniestra. Menos mal que apenas era el primer día.